

POSTAL DE VERANO

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

A los dieciséis años en la Biblioteca de Lorca, encontré esta reciente publicación: *Libro de La Unión, biografía de una ciudad alucinante*, título largo que, cuando lo desplegaba ante mis amigos, como última lectura, les parecía sorprendente. El caso es que me entusiasmó el descubrimiento de ese pueblo que, tal como anunciaba su autor, debía ser alucinante. Su relato, mezcla de historia y leyenda, o historia que parecía legendaria, con sabor al lejano Oeste americano, mas los dibujos que precedían a cada capítulo, las canciones con las que ilustraba cada acontecimiento, me hacían sentir la necesidad de conocerlo, pero para ello aún tardaría unos años.

Andaba yo por aquellas fechas metido en el descubrimiento del paisaje, me entusiasmaaba andar y con otros amigos emprendíamos largas caminatas por los campos del secano lorquino, salíamos muy de mañana, era el mes de julio, y volvíamos sobre las doce, después de atravesar ramblas, ver casas y hablar con la gente que las habitaba. De cada excursión traíamos alguna anécdota, algún descubrimiento, a veces sólo el placer del camino, y siempre razonablemente cansados, para refugiarnos en la sombra de la casa, aún con ánimos para proseguir nuestras lecturas, afuera la calle era un ascua de fuego.

Recuerdo la primera vez que visité La Unión, era ya alumno de la Universidad, y un amigo que tenía una vespa, con el que debí tratar sobre libros leídos, tal como acostumbábamos en las tertulias del claustro, me propuso el viaje, así que decidimos visitar la ciudad. Serían las once de la mañana cuando llegamos, una vez en la calle

Mayor, preguntamos a una chica, no recuerdo bien que cosa, el caso es que echó a correr, aquello confirmó el carácter alucinante que esperábamos encontrar, por supuesto no nos atrevimos a buscar al autor, pues sospechábamos que seguramente no existiría y lo consideramos cosa de leyenda. Supongo que, si Asensio hubiese estado en el balcón de su casa, habría sonreído al ver la escena. Fuimos al mercado, sorprende que aquí la iglesia no sea el edificio más alto, anduvimos por sus calles de casas tejidas con ladrillo, vimos hombres que andaban muy despacio o que permanecían sentados, con caras terrosas, como recién salidos de un infierno, después supimos que eran mineros enfermos de silicosis; una confitería semejante a las ilustraciones de Asensio, la casa del Piñón, visitamos el cementerio desde el que podíamos casi tocar el imponente Cabezo Rajao...

Cuando le conté esta anécdota a Asensio, me dijo que sin duda merecía el libro, en ese momento estaba a punto de aparecer la tercera edición y podía contar con él. Al poco así fue, y me lo hizo llegar con esta dedicatoria: *A José Luis Martínez Valero, al que La Unión le gustaría, por su entrañable afecto a nuestras cosas, tener por hijo. Con mi amistad. Asensio Sáez.*

Lo encontré en otras ocasiones, casi siempre junto a María Cegarra. Más adelante, siempre en verano, cuando volvía de Calblanque, caminando por la costa, me gustaba visitarlo en su casa de Cala Reona, situada sobre una plataforma rocosa y dorada que, como una esponja, sostiene esas siete casas blancas, desde las que se ven los montes mineros cercanos y Punta Espada. A menudo recordábamos a Miró, Asensio había conocido a sus hijas; un día hablamos de Antonio Ros Sáez, el oftalmólogo y político, nacido en La Unión, le apunté que habría coincidido algunas vacaciones con Gabriel Miró, y me dijo que escribiese sobre ese encuentro. Una vez terminado, se lo envié y esto es lo que me contestó, 5 de octubre de 1994: *¡Buena "Postal de verano" la tuya! Verdad es que he disfrutado con tu hermoso texto, por dos razones: la primera porque está bien escrito y la segunda porque el tema me resulta, de algún modo, entrañable, "familiar". Enhorabuena.* El caso es que la redacción final la he perdido, y sólo me quedan unas notas que trato de recomponer, en las que quisiera que permaneciese al menos un eco de aquellas conversaciones:

POSTAL DE VERANO

Es la playa de Levante, recostado en la arena, un joven relee estos versos: *La mer, la mer, toujours recommencé...*, anónimo el mar insiste, parece que repitiera siempre la misma salmodia, pero no es así, sube, baja o resbala, presente continuo, nunca

olvido. El muchacho está a punto de terminar medicina, sabe que acaba de llegar un escritor, Gabriel Miró, del que ha leído algún libro que le ha entusiasmado, sobre todo por su capacidad de hacer visible la realidad, por su manera de leer el paisaje del Sudeste que es el suyo.

Bajo la higuera una cabra mordisquea restos. El olor de la higuera equivale a un vaso colmado que sacia antes de acabarlo.

Desde la mecedora en el interior, el escritor, está sumergido en otro tiempo, por una parte contempla el camino polvoriento que conduce al faro, de otra, el mar inmenso, azul donde reverbera el blanco de un levante apenas perceptible. Hay un velero anclado. Cuando se incorpora ve la mancha arenosa de La Manga y el Monte Blanco.

Esta mañana temprano un pescador, el mismo siempre, la cara agrietada por el sol y la sal, con pantalón arremangado y camisa de tela basta y azulada, descalzo, ha saludado desde la puerta:

—A la paz de Dios, ¿me compran este rancho?

El pescador ha mostrado un cesto de esparto donde brillan salmonetes y doradas, serranos y una rascasa.

Junto a la orilla, unas niñas buscan conchas, cada vez que sucede el encuentro, gritan, la madre sonríe.

La luz es una cualidad tangible, respirable, luz cristalizada que deja de ser un medio, instrumento que permite ver, para ser ella misma la que se da, de manera que, porque se ve, no deja ver, y vela los montes y los traslada a un mundo irreal, lejano, donde parece que se alejaran en una caravana que conduce al sueño.

Cabo de Palos es ahora el lugar de la luz, semeja un ascua que se estuviera enfriando lentamente a juzgar por esa calima, tan parecida al humo, que surge continua de la tierra. Parece un animal prehistórico que caminara hacia el mar con sus patas ya semihundidas y la cabeza coronada por la chimenea encendida del faro, un animal que respirara luz.

En la mesa se han servido los salmonetes y las doradas. Serranos y rascasa son la base para una sopa que les acompañará en la cena. Los primeros son rojos como peces de estanque, pero saben a especias submarinas. Las niñas comen su carne que se desgrana como una espiga. Más tarde las doradas que conservan algún reflejo de

sus paseos por las praderas de algas. A los postres aparece una montaña de higos verdes, higos chumbos y uva, la exquisita uva de Palos.

El joven estudiante se dirige a la casa en la que vive Gabriel Miró, ya hemos dicho que estudia medicina, muy pronto será oftalmólogo, viste un pantalón blanco, una camisa blanca y unas zapatillas blancas, le propone pasear.

Miró ha alquilado una casa modesta, casi todas las casas son modestas, no disponen de agua corriente, no disponen de electricidad, no disponen de ninguna de las comodidades habituales en la ciudad. Al veraneo en el mar sólo se arriesgan unos pocos. La casa está situada en la playa de levante, se halla alineada junto a otras que forman un primer y único frente, edificadas sobre terreno elevado y, abajo, hay una estrecha playa que a menudo aparece cubierta de algas, plagada de caracolas. La casa tiene dos puertas, una da al camino que sube al faro, la otra al mar, cuando se abren las dos puertas nunca falta el aire fresco.

Miró ha levantado los ojos del libro, ha dejado el lápiz que distraído conservaba entre los dedos, y se ha dispuesto a caminar. Ha ocurrido como en sus libros, sin pereza se ha lanzado al camino. ¿Dónde iremos? Parece decir al incorporarse, pero no le preocupa, cada día trae su cuidado, y cada día este joven le ha ofrecido un paisaje nuevo, grato, en todos les aguarda alguna maravilla, algún descubrimiento.

Ayer fueron a Cala Flores. Aquí todo se baña en calas. Y, en efecto, no le defraudó, el camino lo hicieron por la orilla, tras pasar la Barra, junto a unos eucaliptos que sanean restos del primitivo pantano, tras ellos el palmeral, unas pocas casas, después la estrecha senda que asciende lenta, primero unos pinos achaparrados, atormentados por los vientos de levante y de lebeche, después un barbecho rojo, en el que surgen como por milagro algunas higueras, algunos algarrobos. Desde un altozano contemplan el mar, ahí abajo los Punchosos, el Arco de los Reyes. Bajaron a la cala, el agua como un mastín de lengua blanca lamía la piedrecitas grises. Como aún quedaba mucha tarde decidieron llegar a Cala Reona, para ello Antonio decide que deben hacerlo subiendo al Monte de los Romanos, se trata de una colina que todavía conserva el camino que asciende a la cumbre, una vez en ella, contemplan el valle de Cala Reona, es una rambla sin apenas arbolado, junto a la orilla descubren una mancha verde, higueras, algún olivo y un chamizo donde vive el pastor, poco después ven descender por entre los montes el rebaño y oyen sus esquilas. La estampa es clásica, poco a poco las sombras van ocupando el valle, cuando el rebaño llega al corral, sucede un silencio pleno, religioso, semejante a una oración.

En el camino, Miró ha visto no muy lejos los montes, se ha detenido y ha dicho:

—Los montes son sagrados, elevaciones donde el espíritu de la tierra se hace visible, de ahí que una vez en la cumbre nos sintamos más unidos al paisaje. El paisaje es la religión que practican los que saben que la naturaleza, las cosas, son semejantes al hombre, y es religión porque une y transforma.

Más adelante ha agregado:

—Yo no cuento, miro y leo. Cada cosa es un signo y cuando las uno, compongo palabras y frases. Mi ritmo es la mirada, no la del paseante, sino la del contemplativo, primero me sitúo, busco ese punto en el que dejo de ser y las cosas comienzan a mostrarse, asisto a su nacimiento. No se trata de virtud, sino ejercicio. Observará usted que casi todos viven en el ocaso, se sirven de lo que les han dicho, usan las palabras como productos del diccionario, piezas de guardarropía, no las ven, no las oyen, no las tocan. ¿Qué sería este paisaje sin las palabras?

Hoy es otro día, van hacia La Manga, Antonio quiere mostrarle las dunas, y la playa donde a veces pueden verse caparazones de tortugas. Luego pasarán al otro horizonte, el del Mar Menor, quiere mostrarle el sol sobre el Cabezo Gordo, testigo de otros tiempos, las islas, su superficie tersa.

Hasta ellos llega el olor a campo recién segado de las salinas, a era, almiares. A ambos lados del camino crecen hinojos, en los que forman extrañas composiciones los caracoles. Pisan una arena fina que a veces se mueve, arena viva.

Les ladra uno de esos perros vagabundos que en verano parecen surgir de la tierra. Gabriel lo mira a los ojos y el perro calla y prosigue su camino.

—Este perro, que nos ha ladrado, me recuerda otro perro, amable y blanco, que llevaban unos niños. He escrito este episodio, y usted lo habrá leído, se lo recordaré, ocurrió en Alicante, junto al rompeolas del puerto, en el espigón de levante. Era un día espléndido, azul, puro, una luz como la de hoy. Los niños y el perro componían la imagen de la inocencia, su contemplación nos hacía sentirnos mejor, proseguimos nuestro camino y a la vuelta vimos a los niños sin el perro, ¿dónde está?, preguntamos y nos señalan ahí, en efecto nos aproximamos y lo descubrimos en el último esfuerzo de sus patas por alcanzar la superficie, ahogado, no comprendíamos lo que había pasado, los niños decían:

—¡Si ha sido sin querer! Le queríamos mucho; pero estaba la mar tan quieta y tan clara, que, sin pensarlo, pues... Lo atamos, para ver cómo se ahogaba un perro y todo lo que hacía!...

Sin duda, el lector recordará el bracear inútil, la mirada angustiada bajo el agua. Los niños han practicado su primer acto gratuito, han tomado conciencia del juego y el juego se hará arte, porque no hubo compasión, atendían sólo a la composición.

–Yo sólo veo, leo las cosas que el mundo nos ofrece, me decía Vd. ayer. Entiendo que el mundo no es malo ni es bueno, se trata de una neutralidad alterada por los sentimientos.

–Creo que no lo habría formulado mejor. El sentimiento amplía o disminuye. El hombre porque siente, vive la realidad y, por tanto, la angustia. El hombre lúcido es consciente de que todo aquello que los otros creen realidad, sólo es apariencia. Sólo la luz es real. Cuando escribo tengo la sensación de moverme en un terreno muy reducido, cercado por esa irrealidad de la que he hablado, porque sólo la escritura es real.

–He elegido oftalmología por ayudar a ver lo real, todos miramos las sombras, la realidad nos ciega. Imagine que los que están en la caverna de Platón de repente aparecieran en medio de la realidad, ¿la reconocerían? Puede que pensasen que se trataba de otra apariencia.

–Quizá cambiarían cuando tropezasen en ella, al caer tomarían conciencia de lo que llamamos realidad.

–Ahí quiero llegar. Para evitarles ese batacazo les haré ver.

–Me parece que usted pretende algo más que ver con los ojos. Esa otra visión es más comprometida, le deseo buena suerte en su camino.

Enfrascados en esta conversación han llegado a la primera gola, y se han dirigido al Mar Menor, un sol rojo, grande, comienza a posarse sobre el Cabezo, como un balón que los dioses fuesen a recoger. La hora es solemne, poco a poco la luz irá desapareciendo, la última saldrá por la puerta de las salinas.

Gabriel y Antonio vuelven a Cabo de Palos, se alejan por entre las dunas, apenas si vemos sus espaldas, luego, cuando vamos a dejar de verlos, se vuelven y alzan sus sombreros en un saludo entre cortésano e irónico. El sol ha desaparecido.